

11

Testigos en el poder del Espíritu hasta lo último de la tierra

Rachel M. B. Perobelli

Base bíblica: Hechos 1.1-11

Cuando me presentaron este tema y pude ver que el texto bíblico de referencia sería Hechos 1.8, me quedé bastante preocupada porque correría dos riesgos: uno, de ser extremadamente repetitiva, y el otro, de ser extremadamente su-perficial en las reflexiones. Cuando un texto es tan conocido como éste (y aquí podríamos acordarnos de muchos otros versículos que convertimos en lemas), esos riesgos son inminentes. Como no me gustaría correrlos, intenté hacer una lectura más amplia del texto escogiendo los versículos 1 al 11, y oírlo de la forma más imparcial posible. Y lo hice sumisa a la Palabra.

La demanda de nuestros días y el rumbo que la iglesia está tomando es que hagamos una clara lectura de la Biblia. Sólo una lectura nueva y conciente de la Palabra de Dios puede hacer que la iglesia retome su curso. Digo esto a

partir de la realidad de la iglesia en el Brasil hoy. Si tomamos en cuenta que 15% de la población del Brasil es evangélica, se podría esperar otra realidad en el país. Pero al contrario, la iglesia en el Brasil parece haber perdido eficacia en su testimonio.

Lucas empieza su narración de Hechos refiriéndose a los temas principales del final del Evangelio (Lc 24.47-49), que son las últimas enseñanzas de Cristo hasta su ascensión, incluyendo la comisión de testimonio del evangelio y la promesa del Consolador. Enfatiza su testimonio en cuanto al Cristo resucitado como también sus últimas palabras con relación al Reino de Dios.

A los cuales, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoles por cuarenta días, y hablándoles del reino de Dios (v. 3)

Lucas hace eso debido a la importancia de que se comprenda el ministerio de Jesús, ahora delegado a los discípulos y a la iglesia que nacería y se expandiría a partir de allí, relatando la confirmación del ministerio del Espíritu Santo a través de ella. Es a partir de esa comprensión que los discípulos parten en cumplimiento de las palabras de Jesús. De la misma forma, hoy nos es indispensable comprender como nace la vocación de la iglesia, en que se basa y cuál es su papel fundamental.

Vemos en la narrativa inicial del libro de Hechos que Jesús enseña a los discípulos las verdades inherentes al Reino de Dios, las cuales parecían todavía incomprensibles por ellos. Buscaban respuestas para sus anhelos, fruto de sus propios valores. Ellos aún esperaban una restauración política de Israel. Eso se expresa claramente a través de la pregunta que hacen:

Señor, ¿restituirás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: «No toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad» (v. 6-7).

Parece que ellos siempre querían saber más de lo que Jesús expresaba abiertamente. Es como si un hilo de esperanza aún existiera en ellos de ver cumplidas las profecías veterotestamentarias así como las entendían. Los discípulos, así como los demás israelitas, todavía soñaban con la vuelta a la «edad de oro», que experimentaron en el reinado de David y Salomón. Aún esperaban por el Estado fuerte, con el poder político restaurado. Parecían no percibir que los valores del Reino no se basan en valores humanos. Dios estaba mostrando, a través de Jesús, valores distintos.

No veo mucha diferencia de nuestros días. Aún parecemos no percibir que Dios no se mueve por nuestros valores. Cuando comprendemos eso, necesitamos intentar la aproximación de nuestra práctica y nuestra existencia, nuestra propia forma de ser y hacer iglesia de acuerdo con los valores divinos, teniendo como referencia única la vida incontestable y soberana de Jesús.

Jesús, conocedor de los designios del corazón, sabía lo que, en realidad, los discípulos querían descubrir, y disminuye sus expectativas para que nadie tuviera dudas y deja claro: «No se preocupen con las cosas que no les toca saber, no se metan en las cosas concernientes al Padre». Inmediatamente, tras decir eso, muestra el papel que les tocaba:

Mas recibiréis el poder del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros; y me seréis testigos en

Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra (v. 8).

Una vez más, aparece expresa la voluntad de Dios para sus siervos. Ese versículo representa el resumen del ministerio de Jesús transferido a los discípulos, ministerio que es lleno del Espíritu para extender el amor de Dios. Ese amor que es la pura manifestación de la gracia a los pueblos. Esa es la verdadera restauración de Israel, es el retorno al propósito inicial de Dios de bendecir todas las familias de la tierra. A continuación de esa escena, Jesús ascendió a los cielos.

Después de este rápido recuerdo de lo que nos dice este pasaje de Hechos, me gustaría trabajar más profundamente algunos temas que éste nos sugiere. Primero sería necesario trabajar dos mitos que, en mi opinión, oscurecen la comprensión de la tarea y práctica de la iglesia de nuestros días. El primero de ellos es acerca de la vuelta de Jesús: hay una inmediatez que parece vincular la vuelta de Jesús a la tarea evangelizadora. ¿Quién nunca participó de grandes eventos con la preocupación de movilizar al pueblo de Dios en la tarea misionera para que Jesús pueda volver? Parece que está en nuestras manos marcar la vuelta de Jesús. Es decir, si quiero que Jesús vuelva, predico el evangelio. ¿Pero si no quiero? No es a causa de nuestro arduo trabajo misionero o por el fervor de nuestras oraciones que el Reino de Dios vendrá de forma completa. El Reino de Dios viene a nuestro encuentro a pesar de nosotros, y nuestro papel es de obediencia y servicio.

En los días actuales, la búsqueda por el bienestar y la saciedad de los anhelos personales trae consecuencias para la vida de la iglesia. Todo ese proceso nos quita el anhelo por el regreso de Jesús y por la consumación de los tiempos. Eso ocurre porque en el fondo sentimos que vivir aquí

es mucho mejor. La iglesia de nuestros días perdió la esperanza escatológica. ¿Eso impediría la consumación de los tiempos? El texto bíblico que se emplea para justificar esa cosmovisión es Mateo 24.14:

Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todos los gentiles; y entonces vendrá el fin.

El texto nos habla de una de las señales del fin de los tiempos, pero no vincula la vuelta de Jesús al término de la tarea misionera. Dios es el Señor del tiempo y no está en nuestras manos cambiar esta verdad. De ninguna manera quiero contradecir la vida de hermanos piadosos que, creyendo de esa manera, se dedican o se dedicaron a la predicación del evangelio como fruto de su amor por Jesús. Mi temor es sobre lo que resulta de ese proceso, que poco a poco hace de la iglesia «dueña de los cielos», capaz de cambiar el corazón de Dios si así lo pedimos con fervor.

Entramos así en el segundo mito que impera en nuestros días: tenemos el poder para cualquier cosa. Uno de los discursos que más se oye es sobre el poder. Además de la expectativa por la vuelta de Jesús, la iglesia anhela el poder. En Brasil, ministerios enteros son construidos bajo el dicho «poder del Espíritu Santo». Algunos más «bondadosos» enseñan a sus adeptos a «declarar victoria», «tomar posesión de la cura», «declarar el fin del desempleo», etc. Hace unas semanas se lanzó en Bolivia una campaña nacional para el perdón de deudas. El deudor dona 1% del valor de su deuda a una iglesia específica, y así se elimina su deuda milagrosamente. El bienestar de los creyentes, fruto de una generación neoliberal, consumista y humanista. Vidas opulentas que están muy lejos de aquello

que Jesús vivió y enseñó. De esa forma volvemos al punto anterior donde la iglesia pierde su anhelo de un nuevo mundo, porque el de aquí puede darla mucho más placer.

¿Donde está el servicio? ¿Y el sufrimiento? Esas palabras casi que desaparecieron. Dios es quien está al servicio de la iglesia. Al final, el creyente es quien determina su voluntad. Cuando Cristo promete la venida del Espíritu Santo, él lo vincula inmediatamente a su único propósito, que seamos sus testigos. El poder del Espíritu nos capacita a sufrir por Cristo con la esperanza de que un día todo terminará y viviremos eternamente en la presencia del Cordero. Este poder es el que se manifiesta en la donación al próximo, en la búsqueda de la justicia y en la glorificación de Dios. El poder de la iglesia sólo puede manifestarse en el servicio y en la sumisión. Si ella hace caso omiso de eso, el poder pierde su finalidad. De alguna manera se legitima el uso del poder en la sociedad y en la propia iglesia. Ninguna iglesia permite el adulterio de su pastor o de alguno de sus líderes, aunque existen maneras de poner «paños calientes». ¿Y qué del poder? ¿Quién puede criticar al pastor por ejercer poder? ¿No viene eso de Dios? El ejercicio del poder ya no es una tentación como lo fue para Jesús en el desierto. Es una bendición adquirida. Después de todo, ¡somos hijos del Rey!

Además de todo eso, me gustaría que volviésemos al texto, buscando la comprensión exacta de lo que dice y explorando la preciosura de estas palabras para nuestra práctica misionera hoy. El texto nos proporciona dos perspectivas distintas, pero que no pueden dissociarse.

Y estando con los ojos puestos en el cielo entre tanto que él se iba, he aquí dos varones se pusieron junto a ellos en vestidos blancos, los

cuales también les dijeron: «Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús que ha sido tomado entre vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (v. 10-11).

La visión de Cristo elevado a las alturas deja a los discípulos patitiosos, mirando el cielo y demostrando su entera inmovilidad delante de todo lo que presenciaban. Sin embargo, los ángeles los llaman de vuelta hacia su realidad y tarea. Al mismo tiempo, esto estimula la esperanza de que el Amado regresaría. Por un lado somos llamados a no quedarnos en una vida contemplativa y estática. Cuando utilizo la palabra «contemplativa» no me refiero a la práctica devocional que debemos cultivar sino a una vida contemplativa que inmoviliza. Somos llamados a prestar atención a nuestro alrededor, viviendo nuestro tiempo en armonía con él, pero de acuerdo con los valores del Reino. Así como también somos llamados a prestar atención a los gemidos de las personas que piden socorro y a anunciar la salvación que viene de Jesús. Un ejemplo: un padre de familia que cambia la virginidad de su hija adolescente por un empleo. ¿Podemos oír el gemido? ¿O el de personas que son engañadas diariamente por predicadores que manejan la Biblia irresponsablemente y que confunden más que liberan? ¿O el de un joven que se convierte y aprende que tiene que respetar y perdonar a un padre que, en el papel de macho latino, insiste en mantenerlo bajo opresión? ¿Podemos escuchar el gemido?

También somos llamados a no perder de vista la esperanza escatológica, pues todo está en las manos del Señor que venció ese mundo y a nuestra propia muerte para que podamos disfrutar plenamente la presencia de

Dios me-diante Jesús. Siendo que un día todo se cumplirá y el Reino de Dios se hará visiblemente presente. John Stott cita, en su comentario de Hechos, lo que Lesslie Newbigin dice sobre la iglesia:

La iglesia es el pueblo peregrino de Dios. Ella está en movimiento, corriendo por los rincones de la tierra implorando que todos los hombres se reconcilien con Dios, corriendo hacia el final de los tiempos para encontrar a su Señor que reunirá a todos... No se puede entenderla correctamente, excepto bajo una perspectiva al mismo tiempo misionera y escatológica.¹

Esas dos perspectivas siempre estarán presentes en la vida de la iglesia, es decir, la iglesia tiene carácter misionero, esa es su finalidad y la razón de su existencia. La misión presupone inserción, encarnación, así como hizo Jesús. La esperanza escatológica presupone la esperanza de lo trans-cendente, de aquello que experimentamos y comprendemos parcialmente y que nos lleva al encuentro del Eterno, al cual no podemos tocar ni ver. Y es esa la tensión que debemos administrar. Una sin la otra es incompleta y nos lleva al yerro e incluso a la elaboración de grandes herejías.

Al llamar la atención de los discípulos, los ángeles están diciendo: «Vuelvan los ojos a los pueblos, a las personas, y hagan lo que Cristo les instruyó. Miren alrededor y perciban las necesidades de los pueblos, para eso les será dado po-der». Al mismo tiempo, dicen: «Esperen del cielo la liberación, la instrucción, el consuelo en los días de luchas,

¹ John R. Stott, , *A Mensagem de Atos*, 1990, p. 43.

la capacitación para la obra; esperen en Dios, Jesús volverá. ¡Aleluya!»

Es esencial que tengamos claros los puntos básicos que puedan fundamentar nuestra práctica, por eso quiero rever-los aquí:

1. Los tiempos y épocas pertenecen a Dios

No hay nada en el cielo o en la tierra que no esté bajo la mano soberana de Dios. El final de los tiempos le toca únicamente al Señor, cualquier ansiedad que alimentamos a este respecto nos quita el foco principal que es el anuncio del Reino de Dios.

2. El poder de la iglesia es para el anuncio del Reino

El poder que nos es concedido es únicamente para ese anuncio. Él se expresa en nuestra debilidad para que Dios sea glorificado a través de nosotros. Es el poder que nos capacita a servir en obediencia a la vocación dejada por Jesús. Es el poder que se manifiesta en la conversión de las personas, en la transformación de la sociedad, en el amor al prójimo y en el cumplimiento de los tiempos.

3. El Reino está fundamentado en valores eternos

Es el Espíritu de Dios que nos transforma y nos hace comprender los nuevos valores dejados por Jesús, que ni mente ni corazón humanos pueden comprender por sí mismos. Pues es revelación de Dios que invade nuestra realidad. Es Reino de justicia y paz, donde somos reconciliados con Dios y somos transformados en sus heraldos. Es perla

preciosa que no se queda escondida y ni fue dada para algunos, como si pertenecieran a una elite. Fue dada a los débiles, al necesitado, al pobre de espíritu. Es para todos.

4. La vida de Jesús es modelo para nosotros

Tenemos un modelo encarnado. Entender la encarnación es más que simplemente creer que el Verbo se hizo carne; es comprender que Jesús es la propia expresión del Reino entre nosotros. En él están los fundamentos de la vida de fe, él es el propio fundamento. Vivir en Cristo es ser ciudadano del Reino y es en la relación con él que los valores eternos del Reino van tornándose nuestros valores también, y cuanto más la persona de Jesús nos es impresa, tanto más seremos testigos vivos de su amor, seremos su espejo, expresión de la *Imago Dei*.

El modelo de Jesús es todavía un gran desafío para nosotros y, al mismo tiempo, es la mayor respuesta a los interrogantes de nuestros días. Ese hombre de Galilea cura a un leproso y, sin cambiarse de ropa, se encuentra con un militar de alto rango en el ejército romano, entra en la casa de Pedro y sana a su suegra, domina los poderes de la naturaleza y va al cementerio para liberar a un endemoniado. Después de todo, todavía sana a un paralítico y va a comer con un miembro rico de la sociedad. Ese hombre combina en sí la sencillez y la osadía. Trata a todos por igual, sanando los dolores y perdonando sus pecados. Denuncia la injusticia y hace callar a los hipócritas. Y ese hombre-Dios, teniendo todo el poder en sus manos, se humilló asumiendo la naturaleza de siervo. Este es el modelo. Precisamos entender lo que significa ser siervos.

Y Jesús es más que un modelo, también nos da la «estrategia». Si nos fijamos en la forma como Jesús describe

el camino del testimonio de los discípulos (Jerusalén, Judea, Samaria y los confines de la tierra), percibimos que eso constituyó la estrategia neotestamentaria, que es la expansión del evangelio en círculos concéntricos. Este modelo no quiere sugerir escala de prioridades como los modelos gerenciales de hoy. El texto en griego nos da la idea de con-comitancia a través de los vocablos: tanto en, como en, y hasta. Son movimientos circulares que no cesan y que constantemente vuelven al punto inicial. Comienza donde estamos y se irradia alrededor; el impacto del evangelio es como el impacto de una piedra en el agua que se propaga en olas. Acontece aquí y acontece allá. La palabra «estrategia» está entre comillas porque aquello que connota debe estar sometido a la guía del Espíritu. Él es el que va a coor-dinar ese movimiento. Es él quien da la dirección. Las estra-tegias y metodologías no pueden estar por encima de la dirección del Espíritu de Dios. En caso contrario, nos torna-remos incapaces de oír cuando nos diga: «Pasa a Macedonia y ayúdanos».

Otro factor que debemos considerar es que el testimonio es fundamentalmente personal, pero es en el cuerpo que él toma proporción de la innegable presencia de Dios. Jesús dice «seréis mis testigos», lo que involucra iniciativa comuni-taria y presupone participación de todos. Sin duda el testi-monio cristiano no puede presentarse aislado y es esa sumi-sión al otro que hace que el testimonio sea único. Sé que eso no es ninguna novedad, sin embargo puede ser una verdad olvidada o plenamente ignorada. Ministerios aisla-dos son gritos solitarios que fácilmente pierden su efecto. Dios no nos ha llamado para una «carrera solitaria». A veces, la historia nos muestra profetas solitarios clamando en el desierto, a veces necesitamos de ellos para

que sea-mos alertados de nuestra somnolencia e inactividad. Pero la fe debe vivirse en un contexto de comunión. ¿No le ocurrió así a la iglesia primitiva? Pablo no fue enviado solo, y aunque estuviera en la cárcel tenía hermanos acompañándole. Vemos posteriormente la narración sobre la vida de la iglesia primitiva que, a causa de su estilo de vida, crecía en número, porque día a día el Señor iba añadiendo a los salvos.

Conclusión

Mucho más podríamos ahondar en este pasaje bíblico, debido a su riqueza e importancia, pero necesitamos concluir. El gran desafío de la iglesia en el próximo milenio será precisamente equilibrarse en su práctica, lo que involucra la predicación y el modo de vivir. El evangelio, hace mucho tiempo, se lo transmite como si fuera una «varita mágica». Todo se transforma instantáneamente y todos viven felices para siempre. O el Evangelio se convierte en un campo de batalla, donde vence quien tiene la mejor estrategia, tanto contra el diablo como contra otras iglesias. Ninguno de los dos ejemplos presenta una visión bíblica. La Biblia nunca nos prometió vida sin tensiones y tribulaciones, al revés, nos advierte sobre las dificultades de vivirse insertos en ese Reino de forma genuina. También no nos engaña sobre las artimañas del diablo, como también afirma que todos se arrodillarán y se doblarán delante del Cristo victorioso.

El tema del poder es algo pertinente que precisamos analizar con cuidado. Como dice Vinoth Ramachandra:

El único antídoto eficaz contra el poder es una visión de aquel que, teniendo todo el poder bajo

su control, se humilló a sí mismo, asumió el papel de siervo para desenmascarar y destronar a los poderes que han devastado este mundo.²

A mi parecer, la iglesia ha asumido un papel mundano que divide, masacra y oprime. El poder del Espíritu es inversamente proporcional a los poderes de este mundo. Cuanto más poderoso uno es para hacer y mandar, menos siervo es, y menos parecido a Jesús. El poder que viene de lo alto llevó a hombres y mujeres al martirio. Eso es real todavía. ¿En cuántos lugares del mundo, en este mismo momento, están nuestros hermanos y hermanas sufriendo el martirio?

El poder que viene de lo alto exalta el nombre de Dios y no el mío o el de otros. El poder que viene de lo alto saca a personas del infierno, consuela corazones con el perdón divino y sana sus heridas con óleo santo. No es para presentar a los privilegiados un automóvil importado del último modelo, mansiones en Miami o una gran cuenta bancaria en los paraísos fiscales. El poder que viene de lo alto no es un poder que se manipula o se usa en beneficio propio de unos pocos y gracias a la fidelidad ciega de muchos. Es poder que hace adoradores, que trae arrepentimiento al pecador y libertad al oprimido, y que seca las lágrimas de los que lloran. Es poder que congrega y se manifiesta en amor e invita a las personas a una relación íntima entre sí y con Dios. Es poder que permite que nos sentemos, conversemos y nos entendamos, revirtiendo así el efecto de Babel. Es poder que redime nuestras historias marcadas por el dolor.

² Vinoth Ramachandra, *A Falência dos deuses: A idolatria moderna e a missao crista*, 2000, p 150.

